

Clara Voghan

Volver a Empezar

Pequeños Pecados, II

edición digital



© Clara Voghan, 2007

Todos los derechos reservados.

Exp. 551460

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO IV

—Creo que estoy enamorado.

Victoria Ferrari dejó caer las pesadas carpetas que estaba acarreando. Luego, todavía confundida, observó de cerca a su buen amigo Nicolás, que había llegado para socorrerla.

—¿Cómo? —preguntó la joven, perpleja.

Nicolás fijó en ella toda la profundidad de aquella mirada dulce, que alguna vez había logrado conmoverla, y repitió: —Creo que estoy enamorado.

Y de inmediato agachó la cabeza, en ese gesto tan suyo, mezcla de pudor y culpa.

Arrodillados los dos, en medio de papeles, Victoria se sintió otra vez como varios años atrás, cuando su corazón latía con fuerza cada vez que aquel castaño increíble se le acercaba. Ahora también latía con fuerza, pero el sentimiento era otro... ¿Celos, quizás? Por cierto, nunca antes había visto a su amigo tan frágil o entregado. Ni siquiera cuando había tratado de conquistarla a ella.

No, esta vez, era evidente, Nicolás no hablaba de lo que quería que le pasara, sino de lo que le estaba pasando.

Y Victoria se asustó.

—¿Te has enamorado de tu "mujer perfecta"?

—Sí... Me he enamorado de Carolina.

—¿Y cuándo se corporizó? Digo, porque hasta hace unos días lo que más te atraía de ella, era que se volvía invisible luego de ocuparse de ti.

—Bueno..., en realidad...

—¿Sigues sin conocerla?! —se indignó la muchacha—
¡Nicolás Expósito! En verdad estás enamorado, pero no de Carolina, sino de la mujer que necesitas... Una mujer sorda, ciega, muda y, por sobre todo, muy complaciente... ¿Hablaste con ella? ¿Le confesaste lo que sentías?

—No me ha dado oportunidad. Por alguna razón, siempre está huyendo de mí.

—Por lo poco que sé de ella, creo que ya la han defraudado todo lo que una mujer es capaz de tolerar. Ahora lo único que la pobre muchacha necesita es un hombre que no se aproveche de su generosidad. Uno que la quiera por lo que ella es, y no por lo que puede darle.

Victoria pronunció la última frase en un tono acusador, que su amigo no pudo pasar por alto.

—No quiero lastimarla —se justificó.

—Entonces no te apresures. ¡Y por favor, no hagas como siempre, y te la llesves a la cama!... Es decir, si todavía...

La muchacha dejó la frase en suspenso, y su amigo se apuró a contestarla.

—¡No!

—Porque el sexo antes de tiempo sólo confunde. Y tú ya estás demasiado confundido...

—¿Qué te ocurre Victoria? ¿Estás celosa? —se defendió él, al sentirse injustamente atacado.

—¿Celosa yo? —replicó la joven. Y se ruborizó—. Todo lo contrario. Lo único que quiero es que no repitas tu historia con Agustina.

¡Agustina!

La imagen de su amante más fiel se había desdibujado de la mente de Nicolás durante aquellas semanas, al compás de su indiferencia. Pero ahora, con Victoria acusándolo, el recuerdo de ese llanto emocionado de la muchacha al creerlo en peligro, ese sentimiento tan sincero, lo emocionaba una vez más. Y con esa emoción, llegaba la culpa.

¿Por qué no se había enamorado de Agustina durante aquellos años de entrega incondicional?

¿Por qué no se había enamorado de Victoria cuando ella lo buscaba?

¿Por qué sólo se había interesado en ella cuando Cohen se presentó en su vida como rival imbatible?

De la misma forma, ahora que Carolina le cerraba la puerta, sus sentimientos hacia ella crecían con fuerza, mientras Agustina, que le había demostrado quererlo de verdad, pasaba al olvido.

Quizás por una maldita imposición freudiana, sólo le atraían las mujeres que, como su propia madre, lo mantenían distante.

Quizás Carolina no era sino una forma de alejarse de la felicidad que su secretaria podía brindarle.

Aunque...

Aunque Agustina era fría, superficial y manipuladora, mientras que Carolina...

Carolina era una extraña.

* * *

—Creo que me puse celosa.

—¿Celosa de Nicolás?

Samuel observó a su mujer sin ocultar su inquietud.

Así como Cohen y Victoria eran racionales y metódicos en su vida profesional, en la intimidad de aquel matrimonio todo era fuego y pasión. No era extraño que al finalizar una reunión de oficina, (o en el medio de ella), se encontraran

haciendo el amor allí adonde el deseo los hubiera atrapado. La secretaria de Victoria lo sabía bien. Eran aquellos momentos en que las cámaras de vigilancia en la oficina de su jefa se desconectaban de forma misteriosa, o cuando el lujoso baño privado del despacho principal permanecía cerrado por más de cincuenta minutos. O cuando el viaje en auto de unas pocas cuadras, se transformaba en un periplo de horas.

Sí, a pesar del tiempo transcurrido, ambos esposos mantenían la relación ardiente de dos amantes. Y en esa relación, los celos atizaban el deseo.

Victoria, tan distraída para otras cosas, reaccionaba de inmediato cuando una rival se aproximaba a su esposo. Y, para su desgracia, aquel pelirrojo de metro noventa que le había tocado en suerte, tenía algo en su mirada profunda, o en su gesto aguerrido, que enloquecía hasta a la más casta de las damas. Y la llegada del pequeño Gabriel lo había empeorado todo. Al revés de lo que ocurría con las madres, para muchas no había nada más sexy que un hombre llevando con orgullo a su pequeño hijo.

Cada suspiro que Samuel arrancaba a una admiradora, enfurecía de tal manera a su esposa, que de inmediato la sangre le hervía, y la pasión la arrebatava.

Para Cohen tampoco era fácil convivir con la belleza de Victoria. Su mujer era codiciada por todos. Él lo sabía, y tenía que resignarse. Convertida en figura pública luego de heredar la fortuna de su padre, Samuel tenía que tolerar que

decenas de periodistas la siguieran, y que miles de hombres la desearan, mientras él observaba desde lejos.

Y también estaba esa horrible costumbre que tenía ella, de rodearse de cuanto idiota había besado alguna vez. ¡Claro que de eso él no podía quejarse! Cada fin de semana que viajaba a supervisar las obras del segundo apart hotel que estaba construyendo en Cariló, Amanda, su antigua novia, lo perseguía descaradamente. Victoria no decía nada ante su presencia, así que, de la misma manera, él tenía que soportar que su mujer pasara buena parte del día con Expósito.

Pero que ella sintiera celos de Nicolás, era el colmo.

Dolía demasiado. Y como siempre que algo le dolía, Samuel cerró su corazón y agrió su gesto.

—No te enojés... —suplicó ella—. Te lo estoy contando porque... hubiera sido peor ocultártelo. A mi misma me sorprendió.

—Sabes lo que pienso, Victoria... Eres libre. Nuestro matrimonio sólo nos compromete a intentar por todos los medios la felicidad del otro. Y si tu piensas que Nicolás...

Victoria no lo dejó terminar y se echó entre sus brazos, conmovida. Le encantaba que a su marido todavía ella le importara tanto.

—¡No seas tonto!... No fueron celos por él, sino por mí. Es como cuando te crees la más linda de la fiesta, y de

repente entra una mujer fabulosa, que te convierte con rapidez en una más.

—Nunca vas a ser una más... —susurró él, mientras la envolvía con su pasión—. Pero creo que ya va siendo tiempo de que sueltes a tu cachorro abandonado, para que busque una nueva dueña.

Horas después, Victoria se dio cuenta de la razón que escondían las palabras de su esposo. Pero no entonces. Entonces sólo importaba la piel de él, ese aroma que la subyugaba, y ese deseo intenso que ya no la dejaba pensar.

* * *

Agustina comenzó a llorar.

A la distancia Nicolás la observaba perplejo, sin atreverse a mover un músculo. Se encontraba con un dilema. Acercarse a ella significaba comenzar todo otra vez, y así alejarse para siempre de Carolina, su bella mujer perfecta.

Por unos instantes más intentó permanecer firme, pero su secretaria se veía tan triste y desolada que no pudo evitar que la culpa lo consumiera, haciéndolo sentir un monstruo.

—He intentado alejarme de ti —sollozó la muchacha al percibir su vacilación—. Sé que no me amas, y no quiero retenerte... Sin amor, no.

Nicolás la escuchó atento. ¿Eso era todo?... Luego de tantos años de martirio, ¿iba a sacarla tan barata?

—Pero... —continuó la joven.

No, no iba a haber descuentos para él.

—... necesito darle un cierre a nuestra historia de amor. Necesito despedirme de ti...

—Bueno, si sólo se trata de despedirnos podríamos...

—¡Podríamos pasar tres meses juntos!

Nicolás la observó atónito, como pidiendo clemencia.

¡Tres meses!... ¡¿Tres meses más de sexo frío, palabras inútiles, llantos forzados?!

—Es lo menos que puedes hacer por mí, luego de tantos años —reclamó la joven, olvidando por un instante su papel de víctima—. Sería como... ¡cómo un preaviso!

—¿Tres meses?... —comenzó a regatear él, sabiéndose de antemano vencido—. ¿Por qué no uno?, ¿por qué no "ninguno"?

—Porque necesito una última oportunidad. Durante estas semanas en que estuvimos alejados he estado pensando mucho acerca de nosotros, y me he dado cuenta de que en algún punto de nuestra relación dejé de ser tu amante cariñosa, para convertirme en una perra exigente. Y yo no soy una perra. Y a ti no quiero exigirte nada. ¡Por el

contrario! Estoy dispuesta a entregarte todo lo que quieras de mí... Tengo mucho miedo de...

Exclamó la última frase en tono trágico, y volvió a llorar.

Nicolás la observó, inmóvil. ¿Tres meses?... ¿Tres meses más sin Carolina?

Aunque, por otra parte, esos tres meses eran un tiempo prudencial para poder conocer mejor a su mujer invisible, sin tener las urgencias del sexo.

—¿Y si luego de vencido el plazo mis sentimientos hacia ti no han cambiado?

—Entonces me saldré de tu vida para siempre, sin exigirte más.

—¿Así de fácil?

—Así de difícil.

La muchacha clavó su mirada fría en aquel hombre que alguna vez había amado. Estaba apostando todo a una sola carta.

¡Tres meses! Apenas tres meses para quedar embarazada... Y si en ese tiempo no lo lograba, iba a tener que despedirse de un futuro luminoso.

O resignarse a aprender a llorar de forma más convincente.

Carolina sintió un ruido extraño que la obligó a mirar hacia la puerta. Apenas cubierta por el camisón transparente que le había dado su hermana, se sentía más frágil e indefensa que de costumbre.

Clavó la mirada en el picaporte. La luz de la mañana producía un reflejo hipnótico en el pomo dorado. Y entonces éste comenzó a girar, muy lentamente...

Le hubiera gustado correr hacia la puerta y atrancarla con algún mueble pesado. Defenderse de alguna manera. Pero no podía. No tenía más fuerzas. Estaba atrapada entre las sábanas húmedas por su sudor, resignada a la suerte que otro había echado para ella.

La puerta comenzó a abrirse, y sólo atinó a cerrar los ojos. Y entonces sintió una presencia sutil que la invadía. Parado junto a su cama, Nicolás la observaba en silencio. Estaba desnudo, con aquel bello mechón dorado cayendo sobre su frente. Con su sexo poderoso asomando entre las piernas. Con sus brazos extendidos hacia ella, buscándola, acariciándola con dulzura, mientras un ruido extraño la obligaba a mirar hacia la puerta. De nuevo aquel reflejo hipnótico en el picaporte dorado. De nuevo la puerta abriéndose, y...

—¿Qué mierda haces tú aquí?!

Carolina se despertó de un salto, asustada y temblorosa.

—¿Qué mierda haces aquí?! —volvió a chillar Mónica, su hermana, mientras la miraba ofuscada desde el vano de la puerta.

"Soñando con un hombre imposible", pensó en confesarle. Pero se calló.

—Si te has metido aquí sin autorización... —la reprendió la otra.

—Una amiga del dueño me contrató para que cuidara la casa —replicó la muchacha, mientras en su fuero íntimo agregaba: "luego de que me metiera aquí sin autorización".

Mónica se sentó en la cama, sin pedir permiso, ignorándola, (como lo había hecho siempre su madre). Y comenzó a retarla como si se tratara de una sirvienta torpe, a quién había que enderezar o despedir, (también igual que lo hacía su madre).

—No sé que voy a hacer contigo, Carolina... ¡Eres un caso perdido! Por eso las cosas te van tan mal... Ves a un hombre y no puedes seguir pensando... Reconozco que Expósito haría perder la cabeza a cualquiera, pero, créeme, está totalmente fuera de tu alcance... ¡Ni siquiera se interesó en mi! Mucho menos lo hará en ti, que no eres, disculpa la franqueza, precisamente "miss universo".

—¿Quién mencionó a Expósito? —se ruborizó la joven—. Necesitaba casa y un trabajo, y aquí tengo ambos.

—Sí, ya me vinieron con el cuento de tu despido un grupo de madres alborotadas. Quedé como una estúpida

con ellas cuando tuve que confesarles que no tenía ni la más remota idea de adonde mierda te habías metido... Todavía no termino de entender por qué te fuiste de esa manera de la casa.

Carolina se hundió en lo profundo de la mirada celeste de su hermana.

—No voy a ofender tu inteligencia dándote una explicación de lo que ya sabes. Sé que a veces es menos doloroso pasar por idiota.

—No tengo ni idea de lo qué estás hablando —respondió Mónica, finalizando el tema.

Desde pequeña Mónica estaba acostumbrada a ser la mejor. Toda la vida había sido criada para seguir los pasos de su madre, y ser, como ella, una mujer perfecta: la nena más bonita, con sus hermosos ojos azules y sus rizos dorados, el mejor promedio, la adolescente más popular, la mejor vestida. Y en medio de tanta perfección, había llegado la catástrofe. A sus tiernos dieciséis años, y con una hermana recién nacida, el abandono paterno del hogar fue un golpe difícil de absorber, y que afectaba tanto su seguridad emocional como financiera,. Por fortuna, a la edad justa, llegó Honorio. Con nombre y alcurnia de prócer, con un encanto que lo convertía en el centro obligado de toda reunión. Y en el centro del centro, ella, Mónica, la única elegida. Único novio, único matrimonio, felicidad asegurada por el resto de la vida. Y así la adolescente perfecta se convirtió, previo paso por el altar,

en la mujer perfecta: la empresaria audaz; la casada exitosa, idolatrada por su fiel marido...

No iba a transar por menos.

No iba a fallar como su madre.

Su pequeña hermana la entendía muy bien. La entendía quizás porque ella, morocha y con las piernas gordas de la abuela Castro, nunca había sufrido esa presión. Muchas otras, pero esa no. Su madre, que secretamente la acusaba por haber provocado con su nacimiento la huida de su esposo, nunca había esperado de ella más que fallara miserablemente en la vida. Mónica, la mayor, era la perfecta. Carolina, en cambio, no era nada.

Y quizás por no ser nada, quizás por pasear invisible en medio de las multitudes, la joven había desarrollado el extraño don de poder descubrir el dolor que los otros escondían en el fondo de sus miradas. Y ahora, estaba segura, su hermana estaba sufriendo. Por eso, en vez de contestarle, se limitó a abrazarla, besándola en la mejilla con dulzura, (como lo había hecho con su madre cada día, durante los últimos años de su enfermedad).

—¡No intentes congraciarte conmigo! —replicó la otra, un tanto avergonzada por el gesto—. De todos los trabajos que podías conseguir, este es el peor... ¿Sirviendo en una casa? ¿Para eso estudiaste tantos años?

—No habría nada de malo si fuera la sirvienta, pero no lo soy. Sí, es cierto, limpio los baños todos los días, y lavo

los platos, pero de mantener la casa se ocupa una empresa que viene los viernes. Y la ropa de Nicolás...

—¿Nicolás?! —se espantó la otra.

—... del doctor Expósito —se corrigió de inmediato—. Su ropa la mando a la tintorería.

—¿Y tú qué haces entonces? ¿Te acuestas con él? ¡Confiesa! ¿Te estás acostando con él?!

"Eso quisiera", pensó responderle, pero no se animó. Y es que a ella misma la avergonzaba lo que sentía por aquellos días. Nunca antes había tenido verdaderas ganas de intimar con un hombre. ¡Nunca antes! ¡Ni siquiera con Tommy!... Los besos, las caricias... Eso era otra cosa. Eso le encantaba, y poblaba sus sueños más locos. ¡Pero el sexo!...

En cambio, desde que vivía en la misma casa que Nicolás...

—Está de novio —se limitó a contestar.

—¡Está de novio, y totalmente fuera de tu alcance! No lo olvides... No te metas con él. Esos tipos poderosos... ¡Hoy te usan, y mañana te olvidan! Y, no te ofendas, tú eres muy fácil de olvidar.

Carolina se quedó pensando. Por doloroso que fuera, su hermana tenía razón.

Después de todo, ¿quién era ella?

Aún siendo una de las más antiguas de la ciudad, la lujosa zona de Puerto Madero, en Buenos Aires, había cobrado impulso recién en la última década del siglo veinte.

Los numerosos "docks", diseñados como copias de los ingleses, habían sido creados para el almacenamiento de mercaderías en el puerto de un país pujante. Luego el progreso, (o la miseria), los había dejado atrás. Olvidados, aquella franja a lo largo del río se había ido convirtiendo poco a poco en tierra de nadie.

Pero en los noventa, cuando los argentinos soñaban con volver a formar parte del primer mundo, y justo antes de que la crisis del dos mil uno, (la peor de su breve historia), los volviera a la triste realidad, toda esa zona cobró un impulso inusitado. Cada "dock" fue cuidadosamente remodelado, recuperando aquel orgullo de tiempo atrás. En ellos se instalaron los ricos, atraídos por la belleza de la costa y la cercanía del centro. En cada cuadra se abrieron lujosos restaurantes, y, en medio de ellos, los más importantes de la ciudad, el "Puerto Ferrari".

Se trataba de un negocio abierto por los empleados que habían ayudado a Victoria a remontar la fábrica de su padre, devenidos ahora, gracias a ella, en prósperos inversionistas. Con su anuencia habían abierto aquel lugar, antecedido por un pasillo largo y estrecho, donde ricos y famosos se apiñaban. Las paredes, decoradas con arte,

estaban cubiertas por los modelos más cotizados de la colección de calzado deportivo Ferrari. Aquellas zapatillas que habían usado políticos, o gente del cine y la televisión, delicadamente dispuestas junto a fotos, gráficas callejeras, o memorabilia, y todo aquello que servía para recordar la gesta de un grupo de locos que había apostado al país, recuperando aquella empresa de sus cenizas. En un lugar especial podía verse en forma completa, y sin censura, la osada producción que había hecho una veterana actriz para una revista de hombres, sólo vestida con sus "Victoria Ferrari".

Pasando aquel excéntrico "museo" donde la gente se amontonaba para tomar un trago, se tenía acceso al coqueto restaurant. En él la mayoría del público, (y buena parte de los precios del menú), eran del primer mundo.

Victoria, a pesar de que aquel moderno reducto llevaba su nombre, todavía no lo conocía. Y es que, obligada a pasar buena parte del día alejada de su bebé, se resistía a dejarlo también en los pocos ratos que tenía libres. Y decididamente aquel no era un lugar para niños, (aunque, para su gusto, era evidente que allí había demasiada gente con ganas de “jugar”).

—¡Querida!... ¡Finalmente! —le reclamó Tito, responsable de muchos de los modelos allí exhibidos—. Creíamos que no ibas a visitarnos nunca.

—Por lo que veo, no habrás tenido problema en ocupar mi mesa. ¡El lugar está repleto!

—¡Por fortuna!... La mayoría son turistas... ¿Sabes?, nuestro emprendimiento ha adquirido cierto renombre en el exterior. Y es bueno que la gente se entere de que en la Argentina hay algo más aparte de fútbol, tango, y buenas carnes.

—Hablando de carnes... —le reprochó Victoria—, podrías vestir un poco más a las niñas y a los muchachos que sirven el bar. Su ropa es tan mínima que...

—Que encandiló a tu marido... —se burló el joven diseñador—. Nos conocemos demasiado, bebé, y sé lo furiosa que te pone que tu queridísimo Samuel tenga ojos...

Y diciendo esto, Tito fingió abalanzarse sobre Cohen, y acariciarlo.

Aquel hombre inmenso lo esquivó divertido, pero Victoria no se rió. Sabía de las preferencias sexuales de su colaborador, y que muchos de sus juegos no lo eran tanto.

—Por cierto... —agregó Samuel, tratando de cambiar el humor de su esposa—, la muchacha de la entrada es encantadora...

—¿La maître?

—La única que está vestida —acotó Victoria, reafirmando su punto.

—¡Ah, sí!... Es horrible.

El matrimonio lo miró sorprendido.

—¡No!... —aclaró Tito—. Lo horrible es que acaba de anunciarme que está embarazadísima, y nos deja por unos meses.

—Encontrar reemplazante no te será difícil. En este país lo que falta es trabajo.

—No me malinterpretes, querida. Si buscara una doctora, una arquitecta, o una contadora, (con perdón de los presentes), la fila a mi puerta sería larguísima. Pero aquí se trata de otra cosa. Necesito una mujer bella y con encanto, que hable inglés, y tenga una paciencia infinita para tratar con los turistas... ¡Son como niños! Todos quieren que los atiendan primero, y en forma exclusiva.

—Entonces lo que necesitas es una maestra jardinera... —se burló Samuel.

Pero de nuevo su esposa no se rió.

—¿Pagas bien?

—¿Por qué, Victoria? ¿Estás pensando abandonar tu fábrica y unirte a nosotros?

—No desvíes la conversación... ¿Pagas bien?

—Son horas nocturnas... ¡Pago demasiado bien!

—Entonces no busques más —le ordenó su amiga—. Tengo la mujer perfecta para ti.

—¡Magnífico!... Pero..., ¿es hermosa?

Con sus dos trenzas largas, y esa sonrisa capaz de subyugar a cualquiera, Carolina se veía encantadora.

Pero... ¿era hermosa?

Victoria volvió a mirarla, mientras su protegida jugueteaba con el pequeño Gabriel. Por cierto, más allá de lo que ocurriera con los demás hombres, definitivamente la muchacha parecía haber conquistado a su hijo. Y al parecer no era el único que había caído bajo su embrujo...

Era increíble la forma en que la joven entendía los reclamos y necesidades del pequeño, a pesar de que su escueto vocabulario no superaba la docena de palabras.

¿Ocurriría lo mismo con Nicolás? ¿Tendría también con él aquella conexión profunda, pero silenciosa?

Sí, quizás en eso radicaba la belleza de la muchacha: en su rico interior. En esa calidez serena que se traslucía en cada gesto medido. En esa mirada dulce, que dejaba entrever parte de su alma acongojada. Y en esa sonrisa impactante, que contagiaba aún al más amargo.

No, la suya no era una belleza evidente, de las que hacían girar la cabeza a los hombres, o gritar guarangadas. Por el contrario, era una hermosura sin estridencias. El placer provenía de contemplar sus gestos, de demorarse en sus rasgos suaves.

Y al verla así, comunicándose con el pequeño sin hablar, abandonándose al juego y la fantasía, tan libre, segura, feliz, Victoria también se rindió a su magia. Podía ver claramente su reflejo en la mirada arrobada de su bebé.

Sí, era fácil entender a su amigo Nicolás.

Y es que, vista así, la tal Carolina parecía en verdad una mujer perfecta.

* * *

"Una mujer perfecta".

Nicolás suspiró mientras su lengua recorría con pericia la boca de Agustina.

Aquella mañana se había sentido desolado. Durante la noche había soñado con su padre, el doctor Uriburu. Otra vez estaba sosteniendo su cabeza, mientras el pobre hombre, entregado a la muerte, respiraba con dificultad. Nicolás recordaba aquellas horas como las más dolorosas que le habían tocado vivir. Y no sólo por tener que presenciar el abandono de un hombre que siempre había conocido tan seguro, sino por haber sido incapaz entonces de responder como era debido al sentimiento profundo hacia él, que el circunspecto doctor le estaba revelando: "Yo te bendigo, hijo mío", habían sido sus últimas palabras. Y él, tontamente, lo había privado de lo único que su padre quería escuchar: su perdón.

Durante los meses posteriores había llorado amargamente por su dureza de corazón. Y aquella mañana, con el sol entrando por la ventana de la cocina, y el verde del jardín iluminándolo todo, aquella mañana ese recuerdo triste volvía a lastimarlo.

Carolina, como todos los demás días que habían compartido hasta entonces, le servía el desayuno en silencio. Pero aquella mañana en particular, sentada junto a él, apenas le había rozado la mano, y, mirándolo a los ojos con dulzura, le había susurrado: —De seguro no es tan grave... Ya pasará.

Fue un momento extraño para Nicolás. Fue como sentirla adentro suyo, participando de una conversación imposible. Como si ella pudiera escuchar las palabras que el no se atrevía a decir... Nunca antes había sentido a una mujer tan próxima.

Ni siquiera a Victoria.

Y luego, estúpidamente, se había puesto a llorar. No como lo hacía Agustina, a los gritos. No. Sólo se le habían humedecido los ojos. Y ella, amorosamente, lo había consolado sin necesidad de tocarlo. Sólo con la dulzura de su mirada. Una mirada que no era de lástima, sino de comprensión. Una mirada que decía: "He estado ahí".

Luego había llamado por teléfono Agustina, y se había roto el encanto.

Y ahora, allí, en plena oficina, besando a su secretaria, se preparaba para aquella noche en que le iba a hacer el amor a la mujer equivocada, mientras que en su casa, silenciosa, lejana, ajena, estaba ella...

la mujer perfecta.

* * *

—¿Te parece? —preguntó la joven, abriendo aún más sus grandes ojos negros.

Victoria observó a Carolina con curiosidad. Una vez un amigo le había hecho notar lo inseguras que solían ser las mujeres, respecto de sí mismas y de su cuerpo, sin importar su belleza o su inteligencia real. Pero aquella muchacha que tenía enfrente era la excepción que confirmaba la regla: ¡no era para nada insegura! Por el contrario, estaba completamente persuadida de la magnitud de sus defectos. No había virtud que poseyera, que no se transformara, bajo su óptica cruel, en la más desagradable de las faltas.

—Estoy convencida. Eres la persona justa para ese trabajo.

—Pero aún omitiendo el hecho de que no soy joven, ni linda, ni manejo el idioma inglés, para un puesto como ese necesito buena presencia. Y ya te conté que mi ropa...

—Por eso te hice venir hasta aquí. Esta era la casa de mi padre...

—¡Es fabulosa!... Entiendo las razones de la madre de Nicolás para no querer mudarse de aquí...

Victoria miró a la muchacha con extrañeza, pero omitió todo otro comentario, y continuó:

—Cuando me casé me fui a vivir al departamento de mi marido: un pequeño "dos ambientes" en el barrio del Once. Pero desde que nació mi bebé, uso este cuarto como mi vestidor personal. Todas las mañanas dejo a Gabrielito en manos de Berta, la señora que viste al entrar, y que crió también a mis hermanas, y yo aprovecho para cambiarme aquí con tranquilidad. Te imaginarás que no puedo darme el lujo de llegar a una reunión de trabajo oliendo a leche agria...

Carolina estaba maravillada. Le fascinaba la sencillez de aquella mujer, que pasaba de un modesto departamento a una lujosa mansión, sin importarle la diferencia.

—Aquí está toda mi ropa —comentó Victoria, mientras abría de par en par un armario de fina madera, empotrado en la pared, de tres o cuatro metros de largo, adonde la ropa doblada o colgada hacía un dibujo perfecto de simetría y color—. Estoy segura que...

—¿Piensas que tu ropa puede entrarme?!... Tengo mucho sobrepeso...

—Lo sé... Es decir, sé lo que "tú" piensas: que eres gorda, tonta, vieja... etc., etc... Pero, ¿sabes?, como dicen

en esta casa: ¡tonterías!. La verdad es que debemos tener el mismo talle de camisa...

—Yo soy mucho más gorda.

—Tienes más busto, (¡qué envidia!), pero eso no es precisamente ser gorda. Toda mi ropa de algodón, seda o lana, tiene que entrarte con facilidad...

—Pero mi cadera...

—Un talle más que yo. A lo sumo, dos. Como mi hermanita menor, que, por cierto, también se siente deforme. Puedes llevarte varios de sus pantalones, (no los va a echar en falta), y algunas de mis faldas.

—No uso faldas.

—Déjame adivinar: "piernas gordas".

Carolina se sonrojó. ¿Tan previsible era?

Para las cinco de la tarde, la empleada de Nicolás ya era otra mujer, (la mujer que había sido cuando era joven, y todavía tenía sueños), y se dirigía junto a Victoria, en su lujoso auto importado, a una entrevista de la cual dependía buena parte de su futuro más próximo, (y, lo más importante, el de su deuda bancaria)

—¿Cómo te llevas con Nicolás?

—Apenas nos vemos por la mañana.

—¿Qué te parece él?

Carolina se ruborizó. De inmediato rogó en su interior porque su anfitriona no lo notara. Pero por desgracia la muchacha era atea, y, al parecer, sus súplicas ineficaces.

—No me lo vas a creer —agregó Victoria, tratando de incentivar a su acompañante para que se confesara con ella—, pero la primera vez que vi a Nicolás... pensé que era un ángel...

Su estrategia dio buen resultado.

—¿Tú también?... —se maravilló Carolina—. ¡Yo pensé exactamente lo mismo!... Es tan varonil, y a la vez tan hermoso, que...

—Lo sé... Tiene unos rasgos perfectos. Y un cuerpo...

—¡Sí!... Desnudo se ve increíble...

Victoria sonrió con picardía.

—No sé. Nunca lo vi desnudo.

Carolina, que con el entusiasmo había perdido la cuenta de sus palabras, intentó enmendarse de inmediato.

—¡No!. Por favor, no vayas a creer...

—No tienes por que explicarme nada. Los dos son solteros, y...

—No, pero... No fue así... Fue un accidente.

—Entiendo.

—No, no entiendes —se desesperó la otra— Lo vi un segundo, pero fue por accidente.

Victoria rió a carcajadas.

—¿Qué te causa tanta gracia?

—Tu transparencia... ¿Cuántos años tienes Carolina?

—Treinta y dos.

—Pareces una niña. Una niñita asustada... Quizás por eso Nicolás se siente tan a gusto contigo. ¡Son los dos iguales!

—¿Te dijo que se sentía a gusto conmigo?

—Me dijo muchas cosas..., y no pienso repetirlas —juguetéó Victoria, encantada.

Por un instante permanecieron en silenciosa complicidad. Pero luego la curiosidad de Carolina se terminó imponiendo a su buen juicio.

—¿Cómo te cae la novia?

—¿Qué novia?

—Agustina.

—¡Ah!

—¿No es la novia de Nicolás?...

—Más o menos. Nicolás es pésimo para comprometerse con alguien, y peor aún para librarse de esa persona... Pero, ¿qué hay de ti?

—¿Con qué?

—Con los hombres.

—"El" hombre. Tommy. Murió en...

—Un accidente de moto, lo sé. Pero, ¿eras feliz con él?

La muchacha se quedó callada por un instante, fija la mirada en el paisaje huidizo que, como su propia vida, pasaba a demasiada velocidad.

—¿Me creerías una mala persona si te confesara que me sentí aliviada con su muerte?

—¿Lo amaste alguna vez?

—No sé... Imagino que sí. Era un buen hombre.

—¿Lo querías más que a Nicolás?

—No, a Nicolás... —comenzó a contestar con convencimiento, pero de inmediato se detuvo en seco. Victoria le había tendido una trampa, y ella casi, casi, había caído.

—Nicolás es mi jefe —agregó la pobre en un hilo de voz.

—Pero si tuvieras que sentir algo por él, ¿qué te enamoraría?

—"¿Si tuviera?"... Digamos, ¿si fuera el único hombre sobre la tierra y...

—Los únicos sobrevivientes.

—Porque si hubiera también otra mujer, de seguro él...

—Sólo ustedes dos, sin opción. ¿Qué te enamoraría?

Y amparada por aquella fantasía imposible, aquel juego inocente, la muchacha dejó salir de un tirón todo lo que guardaba muy adentro suyo, en lo más profundo de su alma.

—Me enamoraría...

... la dulzura de sus ojos tristes, la pasión que tiene por su trabajo, la gentileza con la que trata a todos... Su humildad.

Carolina hizo una pausa, pero sólo para continuar de inmediato.

—Esa forma juguetona que tiene de buscar compañía. Su fragilidad cuando está solo... Tiene tanta necesidad de alguien que lo mime, que lo consuele... Es como con sus camisas...

—¿Con sus camisas?

—Sí... Al principio mandaba toda su ropa a la tintorería. Las camisas llegaban duras de apresto. Yo lo veía retorcerse, acomodarse el cuello mil veces, rascarse. Pero nunca dijo nada...

—Déjame adivinar: ahora las camisas se las planchas tú.

—Sí, pero, no se trata de eso, sino de lo difícil que le es pedir ayuda... Le cuesta descansar en el otro, abrirse...

—Comprendo —dijo Victoria, que entendía más de lo que le hubiera gustado—. Mira Carolina..., yo estoy muy enamorada de mi marido. Pero si me preguntaras por qué, te diría que es por la forma que tiene de entenderme, de cuidarme. Su generosidad, su entrega. Su valentía... ¿Notas alguna diferencia entre lo que me enamora a mí, y lo que quieres tú?

—Son hombres distintos... —respondió la otra confundida.

—No, no es eso... A mí me enamora la forma en que Samuel satisface mis necesidades. Junto a él soy una persona mejor, porque él me completa. No me malentiendas, no soy una egoísta: yo también me ocupo de las tuyas. Es mutuo. En cambio tú pareces estar encantada por todo lo que Nicolás necesita de ti. Todo lo que "tú" le puedes dar. ¿Pero hay algo que él pueda darte? ¿Algo que tú necesitas, y sólo él tiene?... Es muy bueno ser desinteresada y olvidarse de uno mismo. Pero únicamente si no eres la única de la pareja que lo hace. Si no, no funciona... ¿Acaso no fue eso lo que falló con tu Tommy?...

Carolina bajó la cabeza, apesadumbrada. Sabía que aquella desconocida tenía razón.

—Los hombres no son malos —continuó Victoria—, pero a veces son un poco egoístas, y bastante insensibles. No está mal. Es su naturaleza. Pero nosotras no tenemos por qué ser sus víctimas. A nadie le gusta vivir con una víctima. Es muy cansador...

—Creo que si un hombre me quisiera de verdad, él sabría complacerme sin que yo tuviera que reclamarle...

—¿Por qué no?... Si te digo que los hombres son un poco insensibles, no los estoy criticando. Los estoy describiendo... No es "de mala onda"... No se dan cuenta. Y si nunca le dices lo que necesitas, por más que te amen, van a creer que estás satisfecha...

—Pero una pareja que se ama...

—¿Qué? ¿No discute?, ¿no reclama?... El verdadero amor lo soporta todo, menos el silencio. Hay que comunicarse con el otro. Y eso implica que el otro te conozca. No basta con que hagas a tu pareja feliz. Necesitas también serlo tú. Si no, no es amor. Es conveniencia..., y frustración... No vuelvas nunca a cometer el mismo error, Carolina. Antes te costó tu dinero, tu estabilidad, y tu casa, pero la próxima te puede salir mucho más caro: puedes perder también tu alma...

Carolina fijó la vista en aquel paisaje huido.

—Es bueno que te gusten los niños —concluyó Victoria—, pero tu cama necesita un hombre.

Agustina sentía que su vida se había convertido en aquel comercial de la tarjeta de crédito:

"Condomes defectuosos: quinientos pesos. Reactivos para detectar la ovulación: cincuenta pesos. Camisón insinuante: trescientos pesos. Una vida financieramente asegurada: no tiene precio".

Claro que a medida que el tiempo pasaba, la jugada se iba haciendo más y más riesgosa. Nicolás tenía la mala costumbre de llevar siempre tres preservativos en su billetera y, por desgracia, nunca la perdía de vista. Cambiarlos era imposible, así que iba a tener que dirigirse a la fuente. Sabía que él compraba la caja completa, y la guardaba en el armario del cuarto de baño. Al menos así era cuando vivía en su departamento. Podía asegurar que eso no había cambiado ahora que estaba en la mansión: su novio era un hombre de costumbres.

Sustituir unos por otros hubiera tenido que ser fácil, pero, para su desgracia, Nicolás insistía en no llevarla a su nueva casa. Era como si ocultara algo... ¡Y ella sabía muy bien de qué se trataba!. Mejor dicho, "de quién". De seguro era la mujer con la que había hablado aquel sábado por teléfono. Ella debía estar rondando la mansión de los Uriburu... Quizás hasta tenía llave... Por eso Agustina debía ser extremadamente cautelosa. Para empezar, había tomado prestado el llavero extra que su novio guardaba en un cajón, a fin de hacer el cambio durante el día, lejos de

miradas indiscretas. Luego iba a tener que insistir en tener sexo solamente en la casa. Si había "otra" rondando, tenía que conocerla y dejarse ver. Marcar territorio. Era fundamental que, al menos durante aquellos tres meses, su novio le fuera fiel, (¡vaya que su "inversión" beneficiara a alguien más!). Y como decía su amiga Miranda, "el ojo del amo..."

Dejó que el teléfono repicara treinta veces, (tenía que asegurarse de que no hubiera "moros en la costa"). Luego abrió la puerta de calle sin dificultad, y se dirigió directamente al cuarto de baño de la suite principal, en la planta alta. Conocía muy bien la casa, de las épocas en que el viejo Uriburu vivía allí con su adorada Adela. Incluso una noche se había quedado a dormir en ella.

Abrió la puerta del armario y comenzó a rebuscar. ¡Nada!... Sólo unos perfumes viejos...

Dudó un momento, temiendo que su plan se desmoronara, pero de inmediato se dio cuenta de lo obvio: Nicolás no ocupaba la habitación de su padre, sino la contigua. En efecto, allí encontró los preservativos que tanto la atormentaban.

El cambio fue rápido e indoloro, y en pocos segundos estaba en la calle otra vez.

Ahora su futuro comenzaba a tomar un color brillante.

Un color verde dólar.

* * *

Aquella noche Nicolás se sentía feliz. La reunión con los abogados del caso Céspedes había sido breve, (¡aquellos estúpidos no habían sabido como oponerse a ninguno de sus requerimientos!), y, como premio extra, Agustina lo había dejado partir sin exigirle nada.

Ahora, siendo apenas las nueve de la noche, regresaba a casa. Su casa. La casa adonde estaba Carolina esperándolo.

Generalmente Nicolás llegaba tan tarde que sólo se veían por la mañana, durante el desayuno. Y si bien ella siempre le dejaba la mesa puesta con gracia, y comida en el refrigerador, la mayoría de las veces él se iba directo a la cama, vencido por el cansancio de sus más de catorce horas de trabajo diario.

Pero aquella noche, no.

A pesar del calor agobiante que ponía a todos de mal humor, aquella noche se sentía feliz y esperanzado: quizás la encontrara en la sala, o en el jardín, yendo y viniendo, silenciosa y ajetreada, como lo estaba siempre. Durante los dos meses que llevaban juntos, la había observado cientos de veces, y otras tantas se había imaginado interrumpiéndola; tomándola por la cintura; apropiándose de su boca sensual y su cuerpo suave.

Abrió la puerta de calle y se dejó inundar por la frescura que provenía del interior de la casa. Puso llave, cuidando de no hacer ruido. Quería sorprenderla. Se sentía como un

cazador de ciervos, marchando cauteloso por la espesura, para no perder la única oportunidad que tenía de atrapar a su presa.

Se aflojó la corbata y, sin embargo, el corazón comenzó a latirle con fuerza, como si le faltara el aire. Con paso leve se dirigió hacia la cocina...

Y se quedó encandilado.

Allí estaba, sentada sobre el mármol de la mesada, con la mirada fija en un libro grueso; la cabeza agachada, y su largo cabello negro cayendo con descuido sobre sus pechos apretados por una remera mínima. Deliciosamente apretados, como si se tratara de una prenda que se resistiera a contener tanta belleza. Como si explotaran en ella, abriendo el único botón, tensando la tela.

No podía moverse. Ahora era él el ciervo, y ella la cazadora eficiente, que sólo tenía que levantar la luz de su mirada para dejarlo inerte.

—¿Qué haces allí? —preguntó la muchacha confundida, al notar su presencia—. Disculpa, creí que ibas a llegar más tarde... —comenzó a decir, mientras intentaba bajar de la mesada.

Pero como si fuera uno de sus sueños, en un segundo él ya estaba junto a ella, tomándola por la cintura, para ayudarla.

Fue un segundo.

Sólo un segundo.

Fue el olor fresco del cabello recién lavado de ella, o la fuerza de los brazos de él.

Fue un segundo.

—Disculpa... No creas que me subo a todos los muebles de la casa... Es que el aire acondicionado no ha vuelto a funcionar desde esta mañana. Ya llamé al técnico... El mármol estaba frío y...

Otro segundo.

—... Mejor preparo la comida. Debes estar muerto de hambre y...

Un segundo más.

La muchacha intentó soltarse de esas manos que todavía le rodeaban la cintura, y de aquella deliciosa sensación que la estaba atrapando. Pero él la detuvo.

—Gracias —le dijo con simpleza.

—¿Gracias? —repitió ella, sin entender.

—Por esta mañana. Había estado soñando con mi padre, y...

Otro segundo. Pero un segundo largo, de aquellos que se pueden medir en años. Un segundo compartido, intenso. Inolvidable.

Y cuando ya el tiempo parecía dispuesto a detenerse para siempre, el timbre comenzó a sonar con fuerza.

—El timbre —se justificó ella.

Y recién entonces él la soltó.

Como un fantasma, la muchacha caminó hacia la sala. Se sentía leve, etérea. Era como uno de sus sueños, pero mucho mejor. Había sentido el roce de su piel, el sonido de su respiración, la profundidad de su mirada. Había...

—¿Quién eres tú?!

Obnubilada por aquel sentimiento nuevo, Carolina había abierto la puerta sin preguntar, ni fijarse por la mirilla. Y ahora se enfrentaba cara a cara con aquella bellísima extraña, que la miraba con desconfianza, y la interrogaba con autoridad.

—Soy Carolina —respondió dócilmente.

—¿Y quién mierda eres tú, Carolina?! —volvió a preguntar la otra, impiadosa.

Y bastaron aquellas duras palabras para hacer volver a la joven a la realidad. Reconocía aquel tono autoritario y esa forma de expresarse: era la novia de Nicolás. La mujer del teléfono, que, como había intuido entonces, era hermosa y de delgadas piernas largas.

Carolina ya no se sentía etérea, sino gorda, pesada, vieja..., real.

—¡Agustina!

La voz de Nicolás la obligó a hacerse a un lado.

—Querido... —respondió la aludida, corriendo a su encuentro, y cuidando de dejar en su carrera a Carolina de lado—. Te necesitaba tanto esta noche, que quise sorprenderte...

El joven abogado se quedó inmóvil, todavía en la puerta de la cocina, con la vista fija en la mujer que amaba, pero aceptando mansamente los besos apasionados de su amante, que ahora lo enredaba con su cuerpo húmedo.

—Sólo hay comida para uno —se disculpó Carolina, tratando de mirar hacia ninguna parte.

—No me has presentado a tu amiga...

Y como si le fuera imposible resistir, Nicolás obedeció a la mujer que debía amar por los próximos tres meses, sin dejar de mirar a la que en verdad era dueña de su corazón.

—Agustina, esta es Carolina Castro.

—¿Vives aquí, Carolina?

—Sí... Cuido la casa hasta que se venda... Y ahora, si me permiten...

Ambos amantes la observaron alejarse con igual intensidad.

Nicolás se quedó turbado. ¿Cómo iba a poder contenerse durante tres meses? Sin duda alguna Carolina era la mujer

que necesitaba tan ardientemente. Una mujer increíble. Una mujer perfecta.

En cambio, su novia se tranquilizó. Aquella muchacha morena, excedida de peso, vieja, aunque de rasgos ridículamente aniñados, y muy mal vestida, no representaba rival para ella.

Sin duda alguna la tal Carolina carecía de importancia. Una de tantas. Una mujer invisible.

* * *

Volvió a mirar su reloj. ¡Casi las tres de la madrugada!

—¿Ocurre algo? —preguntó Agustina, con suspicacia.

—No —respondió Nicolás, asomándose por enésima vez a la ventana que daba al frente de la casa.

¡Las tres de la madrugada!

—¿Esperas a alguien?

—No... ¿Qué hora es?

—La misma que hace cinco minutos. Y, por cierto, mi sexo te está reclamando una vez más... Ven aquí, antes de que la cama se enfríe.

Nicolás resopló. El calor en el cuarto era insoportable, (y no sólo porque se había estropeado el aire acondicionado).

Desde que el plazo pactado para liberarse de su secretaria había empezado a correr, el pobre muchacho no encontraba un minuto de paz.

La primera semana todo había sido sexo y voluptuosidad, (¡bastante bien!). Pero pasado ese tiempo, y como si su amante se rigiera por algún calendario secreto, de un día para el otro la pasión había dado abrupto paso a la más cursi de las relaciones. Mimos azucarados, caricias no requeridas, cualquier cosa que sirviera para retenerlo y alejarlo a la vez. Por algún motivo desconocido Agustina no lo dejaba tocarla, o tocarse, vigilándolo para eso sin tregua, aún en sitios tan privados como su propio cuarto de baño. Tampoco le permitía charlar con Carolina, o con otra. Con la excusa del "pacto", su "novia" se había convertido en una figura omnipresente, que lo asfixiaba. Y como si eso no hubiera bastado, aquella mañana en particular se había presentado en la casa muy temprano, reclamando en forma salvaje y furibunda por todo el sexo que le había negado en las tres semanas previas. La muchacha quería ponerse al día, con la misma vehemencia con la que antes lo había alejado. Y no había forma de decirle que no. ¡De verdad no podía negarse!. Y es que no había punto del cuerpo de Nicolás que ella no recorriera con pericia, (¿dónde aprendería esas cosas?), y no era extraño que en el menor de los descuidos, la encontrara metiendo algún dedo en el interior de su anatomía. La muy desgraciada realizaba un masaje profundo que mágicamente, a pesar de su aburrimiento o su cansancio, lo convertía en el más

dispuesto de los amantes, (al menos cuatro veces en una misma noche).

Hacer el amor con aquella mujer se había vuelto, así, casi como una visita al proctólogo.

—¿No vas a volver a la cama?

—Si me dejaras dormir un poco, quizás... Estoy exhausto.

—Y yo estoy caliente.

—Mañana...

—Mañana no me sirve.

—¿Para qué?

—Me refiero a que mañana tendremos que ir a trabajar más temprano que de costumbre. López Iturbe te espera exactamente dentro de cinco horas en tu oficina.

—Más razón para dormir —apuntó Nicolás, mientras, rendido, se dirigía hacia su cama.

Sin embargo, el ruido de un auto estacionando lo obligó a volver sobre sus pasos.

—¿Es Carolina? —preguntó su amante, con ese tono falso de calma que usaba últimamente.

—Sí —respondió él, mientras se asomaba por la ventana. —Otra vez con ese idiota... Es el tercer día seguido que...

—Me parece perfecto. ¿Qué pretendes? ¿Qué la muchacha sea una monja?... A todas nos viene de perlas un buen revolcón de vez en cuando. Y eso me recuerda que todavía no has saldado tu deuda para conmigo...

Nicolás sintió que la sangre le hervía. Y no era precisamente por la mirada insinuante de Agustina, o por el aire acondicionado roto. No. Era todo un nuevo sentimiento el que lo estaba sacudiendo desde hacía tres días. Era algo parecido a lo que le ocurría cuando Cohen tocaba a Victoria en su presencia, o...

No. Tampoco era así. Era algo distinto. Era furia, pero también pena. Un dolor nuevo, que no pasaba por el orgullo herido, sino por la desesperación de perder en brazos de otro, algo con lo que nunca antes se había atrevido a soñar: el verdadero amor.

* * *

—Voy a matarte.

Victoria se estremeció. Aquella fría amenaza traía a su memoria épocas pasadas; tiempos en los que no podía salir de su casa sin ser custodiada. Pero por fortuna todo eso había quedado atrás. Ahora esas palabras sólo expresaban el "drama" con el que le gustaba a su amigo Tito vivir la vida.

—¿Por qué vas a matarme?

—Por la niña que me mandaste para que hiciera de maître: por la inocente Carolina.

—¿No te sirvió?

—¿Servirme?!... ¿Te burlas?... ¡La muchacha es una verdadera joya! No sólo habla inglés, portugués e italiano a la perfección, sino que también se defiende con el francés y el alemán.

—¿En serio? —dijo Victoria, sorprendida—. Le pregunté expresamente si sabía idiomas, y me dijo...

—Que no hablaba ni el castellano. A mí me vino con el mismo cuento, y te confieso que sólo le di el puesto por ti. Y, fíjate, al primer contingente de turistas que llega al restaurante la veo hablando como si tal cosa... ¡Te imaginas!

—No entiendo por qué mentir...

—Porque ella está convencida de que no sirve para nada. Nuestra Carolina tiene la autoestima por el piso. ¡Pobre niña! Es una lástima, porque si yo tuviera ese culo..., ¡otra que autoestima baja!, ¡tendrían que bajarme de las nubes!

—Sí... Ella también está convencida de que es fea.

—¡Ni lo digas!... Un día la hice venir más temprano, para discutir algo, y llegó con trenzas en el cabello.. ¿La viste con ellas, alguna vez?

—No... Aunque...

—Ahora la obligo a venir así todas las noches... ¡A los clientes les encanta!

—¿Tanto?

—Y no sólo eso. Además de culo, la niña tiene una cabeza muy bien puesta. Ella con su sonrisa, y su aire inocente, los maneja a todos. Fíjate que la primer noche que estuvo trabajando para mí, un francés borrachísimo se negaba a pagar el vino que había tomado. Decía que era caro, que lo habían estafado... ¡Y todo a los gritos! De la nada apareció ella, le sonrió, y le dijo que el vino era gentileza de la casa. ¡Te imaginarás como me puse! ¡Eran como cien dólares!... Pues, para hacer la historia corta, cuando el tipo se fue, encantado de la vida, había pedido y pagado cinco botellas del champagne francés más caro de la lista, por valor de... No, mejor no te lo digo, para no espantarte. La cuestión es que, no sé lo que le dijo, pero el fulano terminó regresando las tres noches que estuvo aquí. Fue la botella de vino que regalé con más gusto, en toda la historia del restaurante.

—¿Carolina hizo eso?

—¡La misma! Ella dice que si es capaz de comandar a treinta chicos de dos años, puede afrontarlo todo, sin espantarse. Y, al parecer, es cierto.

—Cualquier mujer podría confirmarlo.

—Como sea, voy a matarte por tenerla oculta todo este tiempo.

—Hace poco que la conocí. Incluso te diría que todavía no la conozco demasiado.

—Algo me contó... Yo la llevo todas las noches a esa mansión en la que vive, y trato de tirarle de la lengua, pero ella, ¡nada!, ¡una tumba!... Dime, yo estoy loco o esa es la casa de...

—De Nicolás, nuestro abogado.

—¿El bomboncito que te estaba rondando antes de que te atrapara tu marido?

Victoria sonrió. Eso había sido hacía mucho tiempo atrás.

—Como sea —continuó Tito—, creo que a ella le gusta... ¿Sabes? Más allá del negocio, le he tomado cariño a la muchacha, y odiaría que la lastimaran.

—¿No me vas a decir que te has enamorado? —se burló su amiga.

—¡Malpensada!... Sabes que no me interesan "los pantalones", sino su "relleno". Y Carolina tiene "el paquete" vacío. Pero, así y todo, siento tanto placer en protegerla que... no te lo puedo explicar. La veo tan boba, pobrecita. Es como una de esas heroínas de novela romántica, a las que le basta hacer el amor una vez para quedar embarazada. ¡Es tan abnegada, que ya da asco! Yo trato de despabilarla, pero ella... Así y todo, soy como su hermano mayor, y no me gustaría defraudarla.

—Y entonces quieres que yo te aclare cuales son las intenciones de Nicolás.

—Lo apreciaría.

—Pues lamento decirte que no tengo la más remota idea. Y, lo que es peor, creo que él tampoco.

* * *

Carolina apretaba su bolso con tanta fuerza que ya le dolían los brazos. Jamás se había sentido tan avergonzada en toda su vida. El tipo del negocio la había observado con una sonrisa cruel en los labios. Nunca antes había hecho algo así...

Abrió la puerta de la mansión, cuidando de que nadie la observara entrar. Se sentía como una ladrona. Sabía que lo que estaba haciendo estaba muy mal, pero... Era más poderoso que ella...

Comenzó a recorrer uno a uno los cuartos de la casa, sin soltar su bolso. Nadie. Como había pensado, estaba sola. Y sin embargo...

¿Estaba haciendo bien? Ella no tenía ningún derecho a meterse en la vida de Nicolás, y mucho menos en la de Agustina, pero había ciertas cosas que...

Cuando terminó con aquello que había ido a hacer en la planta alta, se apuró a bajar. No quería ser sorprendida por

nadie. Y sólo cuando llegó a la cocina se sintió a salvo. Por un instante...

El aire acondicionado que estaba encima de la heladera parecía a punto de estallar. Hacía un ruido extrañísimo, y largaba gruesas bocanadas de humo negro. Asustada la muchacha se abalanzó sobre él, tratando de desenchufarlo con el palo de una escoba, a fin de no sufrir una descarga eléctrica. Pero el cable parecía estar atascado, (o fundido por el calor), y la empresa no era nada fácil. Pegó un último tirón, cuando se sintió atrapada por una fuerza que la contenía, amplificando su esfuerzo.

El ruido cesó. Y ahora Carolina estaba en el piso, en brazos de Nicolás, que había llegado para socorrerla.

Fue un segundo.

Así de breve fue.

—¿Qué haces tan temprano en la casa? —preguntó la muchacha, tratando de ponerse de pie.

—Quería hablar contigo. Últimamente, no nos vemos nunca.

¿Se había tomado la molestia de dejar su trabajo para hablar con ella?

—¿Vas a despedirme?

Nicolás, todavía en el piso, sonrió.

—No.

—Digo... Como ahora tu novia Agustina está siempre aquí, pensé que...

—Agustina no es mi novia. Ella es...

Pero esta vez fue la muchacha la que sonrió con sarcasmo.

—Estamos haciendo el último esfuerzo... —se vio en la obligación de explicar él.

—Lo entiendo.

La muchacha se sentía avergonzada por la mirada de su jefe que, desde su incómoda posición, la recorría sin piedad.

—¿Quieres que te ayude a ponerte de pie?

—No, el piso está fresco... Y la vista es muy buena.

¡Otra vez!... ¿Por qué jugueteaba con ella de esa manera, si prácticamente vivía con otra? ¿Acaso todos los tipos eran como su cuñado Honorio?

—Me parece bien que disfrutes de tu cocina —le respondió la muchacha de mala manera—, pero yo tengo que cambiarme. Ya casi es hora de partir.

—¿Acaso no puede esperarte un poco? ¿Tan apurado está?

—¿A quién te refieres?

—A tu novio. El que te trae todas las noches.

—Ese es mi jefe, no mi novio. Y, si me permites, ya es muy tarde.

Carolina salió del cuarto sin darle tiempo a reaccionar.

¿Jefe? ¿Un trabajo?... ¿Qué tipo de trabajo se podía hacer a esas horas de la noche?, pensó, mientras se ponía de pie.

Y entonces la respuesta a su pregunta le cayó del cielo.

En efecto, en su ascenso había volcado por accidente el bolso de Carolina, y como si se tratara de la lluvia de la mañana, habían caído sobre su cabeza más de dos docenas de preservativos.

—¿Para qué mierda necesita tantos? —se preguntó en voz baja.

Y entonces comprendió.

Se apuró a poner nuevamente todo en su lugar. No quería que ella supiera que él sabía. Le daba vergüenza. Como si el que hubiera estado haciendo algo malo fuera él, y no su empleada.

—Ya me voy —dijo la muchacha, mientras tomaba su bolso.

Desde la puerta, Nicolás la observaba entristecido.

—¿Qué trabajo es ese? —le preguntó.

—Algo así como...

—¿Qué trabajo es? —volvió a preguntar, sin ocultar su enojo.

—Relaciones públicas.

—¿Y por qué mierda te has puesto a trabajar de...?

—¿Por qué tengo que darte a ti explicaciones de lo que hago con mi vida?

—¿Tan desesperada por el dinero estabas?

—¿Quieres saberlo? —lo enfrentó—. ¡Sí que estaba desesperada!... Y soy capaz de cualquier cosa por sacarme a ese maldito banco de encima.

—Podrías haberme pedido a mí...

Carolina lo miró sin ocultar su sorpresa.

—Prefiero no deberle nada a nadie.

—¡Y entonces sales a trabajar de... —comenzó a gritarle, ofuscado. Pero la miró a los ojos, y sólo atinó a concluir en voz baja—: en "relaciones públicas"

—Sí. En relaciones públicas. Es un trabajo como cualquier otro, y no me avergüenzo.

—Ah... Felicitaciones —dijo Nicolás con sarcasmo, mientras en su interior pensaba que todas las mujeres no eran más que unas putas.

—Claro que al principio dudé... No es algo de lo que pueda enorgullecerme, pero... lo cierto es que ahora gano muy bien... Y necesito ese dinero.

—¿Sabes lo que pienso de ti?...

"Me das asco", gritó en su interior. Pero no tuvo el valor de decirlo. A pesar de todo, no quería lastimarla.

Y como si Carolina intuyera la respuesta, tomó su bolso y se dirigió hacia su nuevo futuro, cuidando de cerrar la puerta de la casa tras de sí, sin darse cuenta de que aquella no era la única puerta que acababa de cerrar.

Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite y suscríbase a nuestro grupo de Yahoo*

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

Una novela romántica diferente.